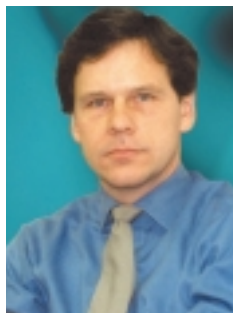


## ¿La próxima Haití?



**Alan Stoga**  
Presidente de Zemi  
Communications,  
www.zemi.com

LEONEL FERNÁNDEZ tiene una de las tareas más duras de las Américas. Él es el nuevo presidente de República Dominicana, país que de la noche a la mañana pasó de un fabuloso auge económico a una bancarrota motivada por una mezcla de corrupción, fraude y una mala administración que habría sido fantástica si se hubiera tratado del guión de una película.

Hace pocos años, el país crecía por sobre el 7% anual, creaba empleo, controlaba la inflación y el capital se dirigía al turismo, a la industria y a las privatizaciones. Hoy, la economía suma su segundo año de descenso, el desempleo supera el 17% y la inflación, el 50%. El sector eléctrico es insolvente y el bancario apenas funciona. El capital deja el país tan rápidamente como quienes lo abandonan en botes buscando mejor vida en Puerto Rico o en EE.UU. República Dominicana, un caso de éxito de los 90, se parece cada día más a la vecina Haití. Y aún puede empeorar.

Hay poco misterio sobre las causas del colapso: el ex presidente Hipólito Mejía. Cuando heredó el mando del mismo Fernández –quien fue presidente entre 1996 y 2000–, el país estaba en la vía rápida hacia la prosperidad gracias a la competitividad y la integración con la economía mundial. Pero Mejía cambió la marcha hacia un populismo autista. El país podría haber resistido cuatro años sus mal encaminadas políticas, si no hubiese sido por tres decisiones desastrosas.

La primera: el gobierno de Mejía gastó US\$ 2.200 millones, el equivalente al 15% del PIB, para sacar de apuros a los mayores ahorristas de Baninter, un fracasado banco sacudido por el fraude. La segunda: el gobierno agravó el problema al financiar el rescate con un dramático aumento en la creación de dinero, generando inflación, devaluación y fuga de capitales. La tercera: el gobierno le permitió de todo al sector eléctrico, menos el colapso por medio de una mezcla de regulación inadecuada, no pago de cuentas y un extraño rescate de la española Unión Fenosa. El resultado fue el peor de todos: los cortes eléctricos llegan hasta las 20 horas diarias y los clientes no pueden pagar la poca electricidad disponible. Mientras el no pago y el robo eléctrico alcanzan niveles siderales, los distribuidores han cesado sus inversiones, debilitando aún más el sistema.

El presidente Fernández llega al poder con poco espacio para maniobrar. Tiene que negociar un acuerdo con el FMI, el cual estaba suspendido por causa de las políticas de Mejía, sin aceptar demasiado su receta ha-

bitual de austeridad. Debe encender nuevamente las luces e inyectar capital y racionalidad al sector eléctrico. Tiene que persuadir a los inversionistas extranjeros y a los acreedores para que le den otra oportunidad al país. Quizás lo más importante es que necesita convencer a los dominicanos de que el rápido desastre financiero puede revertirse con igual rapidez, con el objetivo de ganar apoyo para urgentes reformas económicas. Y todo esto con un Congreso controlado por los amigos políticos de Mejía.

Para triunfar, Fernández requerirá buenas políticas, dinero y aliados. En cuanto a las políticas, el país necesita un banco central realmente independiente, una reforma tributaria, una eliminación del control de precios, una reorganización del sector energético con subsidios dirigidos a los consumidores de bajos recursos, el establecimiento de una estructura regulatoria coherente y el firme compromiso con una tasa de cambio estable.

El dinero y los aliados vienen en el mismo paquete. Si Haití es aquello en lo que podría convertirse el país, entonces, aun con la distracción electoral y una guerra en Medio Oriente que no quiere terminar, EE.UU. debe comprender la importancia de apoyar a Fernández. En primer lugar, esto significa trabajar para llegar a un rápido acuerdo con el FMI que consista más en dar un apoyo financiero inmediato que imponer aumentos onerosos en los impuestos. En segundo lugar, EE.UU. debe organizar una red de seguridad que apunte al sector eléctrico. Esto debe ser financiado, en parte, por las empresas multinacionales dueñas del activo, cuyas inversiones, de lo contrario, continuarán debilitándose. Otros acreedores y organizaciones multilaterales podrían participar de forma directa o con garantías de préstamo. EE.UU. debería brindar financiamiento a través del tan promocionado, pero poco utilizado, Millennium Challenge Accounts.

La diplomacia petrolera del presidente Chávez también podría hacer una contribución significativa para estabilizar el país. Fernández tendría que buscar una forma de mantenerse felices tanto a Washington como a Caracas, pero eso sería un pequeño precio a pagar a cambio de la estabilidad energética.

La buena noticia es que el presidente Fernández cuenta con activos sobre los cuales construir: un sector turístico competitivo, fuertes flujos de remesas desde EE.UU., una administración exitosa durante su primer mandato y el impulso político de una elección limpiamente ganada. La mala noticia es que el reloj ya está corriendo. ■